

LUTO
POR CÉSAR

"Soy artista desde que nació: porque nació volando por los aires"

César Manrique, en la intimidad

César Manrique, universalmente conocido por su obra artística, fue durante toda su vida un gran desconocido, como persona, para la mayor parte de todos los que admiraban sus obras. Sólo un pequeño círculo de allegados pudieron acceder a su faceta humana. Pero nuestra compañera de Radio Lanzarote Marianela Hernández, tuvo el acierto de realizarle una entrevista en la que Manrique hablaba de lo que más estimó: su intimidad.

Pilar y Martín Moreno

Rodeado de palmeras, y lejos de las visitas turísticas, César Manrique vivió en una casita de Haría los últimos años de su vida. El gran embajador de las bellezas de Lanzarote encontró en este pueblo el lugar ideal desde donde podía seguir dando rienda a su inagotable imaginación. Y es que César Manrique era casi como un niño, "me asombró por cualquier cosa, desde ver cómo camina un burro por la carretera hasta del vuelo de una mosca". El gran artista luchó durante toda su vida por enaltecer el mundo del arte. Y ahí están Los Jameos del agua, El Jardín de Cactus o el Monumento al Campesino como testimonio eterno de que la inteligencia unida con la sensibilidad humana logran resultados inesperados. Para César Manrique el mundo artístico le vino desde su nacimiento. "Soy artista desde que nació, porque nació volando por los aires". Entre sorbos de café y en la misma intimidad de su casa, explica a Marianela Hernández cómo llegó al mundo sin olvidarse del médico que atendió el parto. "Yo nací antes que mi hermana, recuerda que tengo una hermana gemela, pero nací con asfixia. El doctor José Molina me cogió por los tobillos, empezó a darme vueltas y fui a parar al techo, me cogieron en el aire y en ese momento empecé a llorar, así que nació volando por los aires."

"El buen ángel"

Parece que el destino quiso dejar claro que el artista venía bautizado por la fantasía, pero César Manrique siempre caminó pisando fuerte y no precisamente por la senda de la ilusión. Pese a la desaprobación paterna, César desde bien pequeño dejó claro



en casa que era más amigo de los pinceles y de la pintura que cualquier otra cosa aunque "dejara más dinero". "Mi padre siempre se opuso a que yo fuera artista porque creía que todos los pintores se morían de hambre." Pero su afán por llegar a trabajar en lo que realmente le gustaba era más fuerte que los deseos de su padre, y a todo esto siempre con "buen ángel" según sus palabras. Un ángel que una vez tuvo nombre y apellidos, el capitán general Francisco García Escámez. "Me compró dos cuadros en mi exposición, en el Cabildo, y me animó para que estudiara." No era una adulación de un aficionado al arte, al poco tiempo

César recibió una carta del capitán en la que le ofrecía

una beca para ir a estudiar a Madrid.

"Mi mujer"

Allí me establecí y conocí a mi mujer, antes fuimos novios y amantes. Y Pepi fue el centro de la vida del artista junto a la pintura. "Murió en 1963, yo la vi morir, y me tuvieron que poner inyecciones porque creía que me moría también. Hasta su muerte yo era como un niño pequeño, que no se preocupaba por nada, salvo la pintura. Yo no sabía ni lo que era un talón de banco, ni nada de nada, ella se había ocupado de todo por mí". La muerte de su mujer supuso un gran trauma para este hombre, acostumbrado a tener a su Pepi siempre a su lado, "todos los rincones de mi casa de Madrid oían a Pepi. Así que decidí irme a Nueva York, donde tuve un gran éxito". Y allí le volvió a sonreír la diosa de la Fortuna, porque conoció a una de las mejores galeristas y "firmé un contrato en exclusiva con Catherine Viviano, fue algo maravilloso". Pero lo que no pudo volver a descubrir fue el encanto del amor, "he tenido otros amores pero han sido un fracaso rotundo. No era lo que yo soñaba." Seguramente César Manrique se agarró al lienzo y a la imaginación para seguir viviendo.

La vida intensa

"Crear en lo increíble es un acicate para poder vivir la vida más intensa. Caminar por la vida de forma vulgar es un aburrimiento, la mayoría de la gente no quiere fantasías". Y después de buscar la magia en Nueva York y el encanto de lo extraño regresó a Lanzarote. "Yo quiero tanto a Lanzarote, que cuando tuve problemas con Hacienda, pude haber pagado con obras mías como el Monumento al Campesino, pero esto no se me pasó ni por la cabeza. He pagado religiosamente trabajando mucho, para no dejar a Lanzarote sin mi legado que creo que es lo más importante". Tan importante era su tierra para César Manrique, como César Manrique para su tierra: "yo tuve la oportunidad de ensalzar un pueblo que estuvo en la miseria durante siglos, y no puedo dejarlo abandonado". Precisamente este enorme amor hacía que albergara alguna que otra queja: "las autoridades no han sabido valorar esto y esto es muy triste. Quizá sea por una falta de cultura o de inteligencia, no lo sé, pero desde luego esta isla hubiese.

